

movimientos, es ciertamente una hipótesis; sin embargo, no creo que sea una genialidad sin fundamento, teniendo en cuenta los hechos ya apuntados. La considero además como un apoyo en favor de la teoría motora de la invención; es un caso único, en el que la forma original de la creación se muestra al desnudo; si quisiéramos describirla, sería preciso ir a buscarla allí donde se halla reducida á su mayor simplicidad, en el mundo animal.

CAPITULO II

LA IMAGINACIÓN CREADORA EN EL NIÑO.

¿A qué edad, en qué forma, y en qué circunstancias aparece la imaginación creadora? Es imposible responder á esta pregunta que, por otra parte, apenas si tiene razón de ser, pues la imaginación creadora nace poco á poco de la pura reproducción, no súbitamente sino por evolución natural.

Algunas veces su evolución es bastante tardía por causas orgánicas y psicológicas.

Acerca de las causas orgánicas, no es posible insistir sin caer en fastidiosas repeticiones. El recién nacido es un ser espinal, de cerebro amorfo, rico en agua y difluente; en él la vida refleja misma no está completa, y el sistema cortico-motor no se halla más que esbozado, no se han diferenciado los centros sensoriales, y los síntomas de asociación se encuentran aislados mucho tiempo después del nacimiento. Nosotros hemos llevado más allá las observaciones de Flechsig acerca de este punto.

Las causas psicológicas se reducen á la necesidad

de una consolidación de las operaciones primarias y secundarias del espíritu, sin las cuales la imaginación creadora no llega á constituirse. Para precisar, se pueden distinguir con Baldwin cuatro épocas en el desarrollo mental del niño: 1.ª Afectiva (procesos sensoriales rudimentarios, placeres y dolores, y adaptaciones motoras simples). 2.ª y 3.ª Objetiva, en las que el autor establece dos estados; en el primero, aparición de los sentidos especiales, de la memoria, y sobre todo, de los instintos defensivos y de la imitación; en el segundo, movimientos y memoria complejos, acción ofensiva y voluntad rudimentaria. 4.ª Subjetiva ó final (pensamiento consciente, voluntad constituida y emoción ideal). Si se acepta este esquema como aproximado á la realidad, debe de señalarse el instante de la imaginación en la tercera época (segunda fase de la época objetiva), la cual llena las condiciones necesarias y suficientes para que la imaginación creadora pueda nacer y elevarse sobre la pura reproducción.

En la edad propicia, cualquiera que sea, el estudio de la imaginación infantil no deja de tener dificultades; para penetrar en lo íntimo del niño sería preciso ser como él es, sin dejar de ser hombre de ciencia; por lo tanto, no queda más recurso que interpretarle en los de más edad, concuerden mucho ó poco y se incurra ó no en bastantes contrasentidos.

Además, los niños observados viven y crecen en medio de la civilización, y de ello resulta que el desenvolvimiento de su imaginación, rara vez es libre y completo, porque desde que la fantasía traspasa el nivel medio, la educación racional que reciben de sus padres y maestros se apresura á dominarla y reprimirla, refrenándola en su vuelo por un poder anta-

gonista que la trata como si fuese un principio de locura. De hecho la imaginación no da la medida de lo que es, ni se revela en su plenitud más que entre los pueblos primitivos. Por último, no todos los niños son igualmente buenos para hacer este estudio, es preciso distinguir entre los imaginativos y los no imaginativos, y los segundos deben de ser eliminados.

Así que se han escogido los sujetos convenientes, la observación muestra desde su origen variedades muy significativas y diversas orientaciones de la imaginación, ya dependientes de causas intelectuales, como el predominio de las imágenes visuales, acústicas ó táctiles-motoras, que predisponen á la invención mecánica, ó bien de causas afectivas, es decir, del carácter, según que éste es medroso, alegre, exuberante, reconcentrado, sano, enfermo, etc. etc.

Si ahora tratamos de seguir el desenvolvimiento de la imaginación infantil, se podrán distinguir cuatro etapas principales, sin que intentemos atribuirles, por otra parte, un orden cronológico riguroso.

1.ª La primera etapa consiste en el tránsito de la imaginación pasiva á la imaginación creadora. Su historia sería larga si se recogiesen todas las formas híbridas, las cuales son en parte productos de recuerdos, en parte de agrupaciones nuevas y que participan á la vez de repetición y construcción; dichas formas son frecuentes hasta en el adulto. Yo conocí á una persona que siempre tuvo miedo á ahogarse, y, por esta causa, recomendó eficazmente que cuando después de morir la amortajaran, no le abotonasen el cuello de la camisa; esta preocupación extraña no perteuece en puridad ni á la memoria ni á la imaginación, pero expresa en una forma bastante clara la naturaleza de los primeros pasos del espíritu que trata

de imaginar. Sin enumerar otros hechos semejantes, es preferible seguir el desenvolvimiento imaginativo en su unión con las dos formas de la vida psíquica: la percepción y la ilusión. La presencia necesaria de la imagen en una y otra de las dos formas ha sido referida con tanta frecuencia por la psicología contemporánea que bastaran breves palabras para recordarla.

Entre la percepción que comprende lo real y la imaginación, la oposición parece radical; sin embargo, se admite generalmente que para elevarse por encima del sentir, para percibir, es preciso una síntesis de imágenes; más sencillo, que son necesarios dos elementos; uno, que viene de fuera, el hecho fisiológico obrando sobre los nervios y los centros sensoriales, el cual se traduce en la conciencia por el estado vago que se designa con el nombre de sensación; otro, viniendo de dentro, que añade á la sensación presente las imágenes apropiadas, residuos de experiencias anteriores. De suerte que la percepción exige un aprendizaje; es preciso sentir, después percibir y por último percibir bien; el dato sensorial no es más que una fracción del hecho total, y, en la operación que llamamos percibir, es decir, aprehender directamente un objeto, una parte de dicho objeto está simplemente representada.

Sin embargo, esto no ocurre en la imaginación reproductiva; el paso decisivo se produce en la ilusión. Sabido es que la ilusión tiene por base y punto de apoyo una modificación de los sentidos externos ó internos y que se metamorfosea y amplifica por una construcción inmediata del espíritu: la rama de un árbol que se convierte en serpiente ó un ruido lejano que parece una música de orquesta. La ilusión tiene un dominio tan extenso como el de las percepciones

(ya que no hay ninguna que no pueda sufrir esta transformación errónea), y se produce por el mismo mecanismo, pero con alteración de los dos términos. En la percepción, el elemento sensorial es principal y el elemento representativo secundario; en la ilusión sucede á la inversa; lo que se da por percibido es simplemente imaginado; la imaginación, pues, asume el primer papel. La ilusión es el tipo de las formas de tránsito, de esos casos híbridos que consisten en construcciones hechas de recuerdos, sin ser una creación en el sentido estricto de la palabra.

II.—La imaginación creadora no se afirma con sus caracteres propios más que en la segunda etapa, bajo la forma de animismo ó animación de todas las cosas. Este paso del espíritu nos es ya conocido, aunque no se le haya mencionado más que de pasada; como el estado del espíritu del niño, en tal momento, es semejante al del que crea los mistos en el hombre primitivo, volveremos sobre este asunto en el capítulo siguiente. Las obras de psicología abundan en hechos que prueban que esta tendencia primitiva, de atribuir á todo la vida y aun la personalidad, es una fase necesaria que el espíritu humano debe atravesar (larga ó corta, rica ó pobre en invenciones según el grado de imaginación del niño); su actitud con sus muñecos, es el ejemplo más trivial y también el mejor porque es universal, sin excepción, y ha sido comprobado en todos los países y en todas las razas humanas; es inútil acumular hechos acerca de un punto tan evidente (1); bastaran dos; les elijo á causa de su

(1) Se encontrará un gran número de ellos en el libro de T. Sully, *Studies of childhood*, cap. II *The Age of imagination*. La mayor parte de las observaciones referidas en el presente capítulo están tomadas de este mismo autor.

extravagancia, y por que demuestran que en tal momento y en algunos seres el animismo puede permíterselo todo. «Un niño había tomado cariño á la letra W y la interpelaba de este modo: *Dear old boy W*; otro de tres años, trazando la letra L añadió á ella un pequeño rasgo, y, sorprendiendo inmediatamente su semejanza con una forma humana sentada, exclamó: «¡Oh se ha sentado!» Habiendo hecho otro día una F al revés, y advertido de ello, colocó otra á la izquierda correctamente hecha y exclamó en seguida: «Parece que están charlando (F.L.)» «Recuerdo, dice un correspondiente de J. Sully, que he atribuído inteligencia no sólo á los seres vivos, sino á las piedras y á los objetos fabricados por el hombre; creía que eran muy desgraciados los guijaros que hallaba en los caminos, condenados á estar siempre inmóviles y á ver siempre las mismas cosas, y, compadecido de ellos, les trasportaba al otro extremo de la carretera para que tuvieran el placer de contemplar algo nuevo (1).

Detengamos un instante y trataremos de determinar la naturaleza de ese estado mental singularísimo, tanto más cuanto que hemos de volverle á encontrar en el hombre primitivo, y nos presenta la imaginación creadora en sus comienzos.

1.º El primer elemento es una idea fija, ó más bien una imagen ó un grupo de imágenes que se apoderan de la conciencia y excluyen todo lo demás; es análogo al estado de sugestión en el hipnotizado, con esta sola diferencia; que la sugestión no viene de fuera, de otro, sino del niño mismo; es, en fin, una auto-sugestión; el palo que se coloca entre las piernas se convierte para él en un caballo imaginario. La pobre-

(1) T. Sully. Obra citada, páginas 30 y 31.

za de su desarrollo mental, hace tanto más fácil esta limitación del campo de su conciencia que asegura la supremacía de la imagen.

2.º Esta tiene por sosten una realidad que ella encierra; detalle importante de notar porque esta realidad, por fútil que sea, confiere objetividad á la creación imaginaria y la incorpora al mundo exterior. El mecanismo es semejante al que produce la ilusión, pero con un carácter de estabilidad que excluye la rectificación. El niño transforma un pedazo de madera ó de cartón en un otro él, porque no ve más que el fantasma que ha creado, es decir, las imágenes que habitan en su cerebro, no la materia que las suscita.

3.º Finalmente, este poder de creación, que revisita la imagen con todos los atributos de la realidad, se deriva de un hecho fundamental: el estado de *creencia*, es decir, la adhesión del espíritu fundada en las condiciones puramente subjetivas. No entra en mi propósito tratar incidentalmente de tan importante asunto; olvidado por la antigua psicología, á la que su sistema de las facultades dispensaba esta omisión, la creencia ha sido objeto recientemente de numerosos estudios; por mi parte me limitaré á lo indispensable, haciendo notar que, sin este estado psíquico, la naturaleza de la imaginación es completamente incomprendible. Lo propio de la imaginación es producir una realidad de origen humano al lado de la realidad de origen natural, y aquella no lo consigue más que por la creencia que acompaña á la imagen.

La representación y la creencia no están nunca completamente separadas; es lo característico de la naturaleza de la imagen aparecer *ante todo* como una realidad; esta verdad psicológica, aunque comprobada por la observación, ha sido al fin aceptada no sin